



Fundación
Felipe González
fundacionfelipegonzalez.org



AMISTAD Y POLÍTICA

JOSÉ MARÍA MARAVALL

PAPELES | Nº 4
Septiembre de 2020



Fundación
Felipe González

fundacionfelipegonzalez.org



AMISTAD Y POLÍTICA

JOSÉ MARÍA MARAVALL

Este número especial de Papeles está dedicado a la memoria de Alfredo Pérez Rubalcaba y se enmarca en el contexto de los trabajos que la Fundación Felipe González realiza para celebrar su legado, marcado por su compromiso político y su extraordinaria capacidad para llegar a acuerdos en favor de la convivencia.

Fotografía de portada:
José María Maravall y Alfredo Pérez Rubalcaba en
la Universidad de Columbia (New York), 1987.



Me resulta muy difícil escribir sobre Alfredo Pérez Rubalcaba. De entrada, por pudor, y porque me cuesta hacerlo sin compartirlo con él. Intentaré hacerlo desde una perspectiva de "observación participante", imaginándome que él fuera a leerlo. Ha habido muchos trabajos escritos desde esa perspectiva de la "observación participante": remontándose en el tiempo, un ejemplo es el famoso estudio de la "banda de la calle Norton", apelada Cornerville (una barriada latinoamericana en el North End de Boston), a la que perteneció William Whyte durante varios años para después escribir *Street Corner Society* (1), un estudio clásico.

Es cierto que la amistad entre Alfredo y yo no encaja exactamente con "la banda de la calle Norton" –ni ampliando mucho el amplio círculo de familiares y amigos. Tampoco encaja nuestra actividad, el compromiso político socialdemócrata y la pasión por la educación como palanca para la igualdad de oportunidades. Pero he compartido siempre la consideración de Otto Neurath (2) de que "no existe una posición neutral desde la que podamos juzgar. Más aún, la simpatía y la antipatía son con frecuencia buenos maestros".

Al examinar la relación entre amistad y política, resulta obvio que no estoy adoptando una posición neutral. La amistad y la política duraron 45 años. Estoy así descalificando las frecuentes consideraciones de que, si uno quiere sobrevivir en política, la amistad constituye un peligro mortal. Diré, de entrada, que desde la adolescencia esa no ha sido mi experiencia. Hace unos años, en mi último libro declaraba "Durante décadas, compartir la vida política y la amistad con Felipe González, Joaquín Almunia, Javier Solana y Alfredo Pérez Rubalcaba fue una experiencia excepcional".

En fechas mucho más próximas, el 8 de mayo de 2019, le escribía desde fuera de Madrid lo siguiente: "Alfredo, cuídate mucho. Vuelvo mañana a Madrid. Recuerda que te proponía cenar juntos el 10, a mi vuelta. OK, lo aplazaremos, pero no podrás escaparte: eres mi mejor amigo, así que ponte bien pronto. El abrazo más grande". Todo cambió el 10 de mayo. A un mensaje de condolencia por parte de alguien que conocía bien mi amistad con él, contesté "ha dado mucho a los demás, y a mí como amigo: aunque no esté, eso queda para siempre. Claro que le echaré de menos, pero me reiré con él y pensaré lo que



pensaría él". 50 años habían transcurrido entre el 10 de mayo de 2019, fecha, en la que Alfredo murió, y 1969. Alfredo tenía 67 años.

La política empezó en 1969, con el asesinato de Enrique Ruano y la brutal manipulación de la prensa franquista, y del ABC en particular, por parte del ministro Manuel Fraga Iribarne. Ese año se declaró un estado de excepción: los acontecimientos empujaron a Alfredo al compromiso político. A mi se me prohibió entrar en la Universidad. Después de obtener un doctorado en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid, me fui a Inglaterra, a obtener otro doctorado en Sociología, por la Universidad de Oxford. Por entonces no nos conocíamos.

Respecto de su compromiso político, algún conocimiento de lo que Alfredo Pérez Rubalcaba dio a partir de entonces a los demás lo tendrían los miles de personas que hicieron cola de tres horas para entrar en el homenaje organizado en el Congreso de los Diputados tras su fallecimiento. En efecto, la admiración que suscitaba en cuanto emprendía traspasó los límites de su círculo más cercano. Lo afirman quienes trabajaron con él, lo proclaman sus alumnos de Química Orgánica, y lo acredita sobre todo ese homenaje silencioso que le rindieron esos miles de ciudadanos. Allí, en la capilla ardiente instalada en el Congreso, alguien expresó mejor que nadie el respeto que se labró por su valía personal, intelectual y política: "y ahora ¿a quién vamos a llamar cuando no sepamos qué hacer?".

Nadie en la democracia ha recibido un homenaje similar. Sin embargo, ha sido el único Secretario General, junto a Joaquín Almunia, que no fue nunca Presidente del Gobierno. Eso sí, lo fue todo. Entre otras cosas, ser un amigo fundamental de lo que él llamó, haciendo gala de su profundo madridismo, "la Quinta del Buitre": Felipe González, José María Maravall, Javier Solana, Joaquín Almunia, José Luis Rodríguez Zapatero.

Entre 1969 y 1974 se dedicó políticamente al movimiento de los PNN en la Universidad Complutense. En 1974 entró en el Partido Socialista, el mismo año en que entré yo. En la universidad él se dedicó a la Química, yo a la Sociología. Tras una inmensa trayectoria en la política, él volvió a la Química. Yo volví a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Fuera de la política y de la universidad, ninguno de nosotros dos obtuvo nunca prebenda alguna –eso lo



saben bien el resto de dirigentes políticos cuyos méritos, con tanta razón, estimaba. Me lo comentó en una de las cenas que periódicamente teníamos –y se lo comentó también, según me dijo, a Felipe González.

En 1976, al comenzar la transición, recuerdo haber participado juntos en una maniobra en las primeras elecciones democrática para el rectorado de la Universidad Complutense. Fue así elegido un estupendo catedrático de Química, Ángel Vián Ortuño.

Un tiempo después, habiendo entrado ya en la Comisión Ejecutiva Federal, Javier Solana y yo tuvimos un encontronazo fuerte con Alfonso Guerra y Gregorio Peces Barba en mi primera reunión en la Comisión Ejecutiva. Ellos presentaron un acuerdo con Federico Mayor Zaragoza, el ministro de Universidades con el gobierno de la Unión de Centro Democrático (UCD), respecto de la LAU (Ley de Autonomía Universitaria), por el cual el PSOE presentaría enmiendas parciales y votaría finalmente a favor de la ley. Solana y yo nos opusimos, defendiendo un texto alternativo –que había elaborado Alfredo Pérez Rubalcaba. Ganamos la votación y Alfonso Guerra tuvo uno de sus episodios agresivos descalificándonos en términos inaceptables.

Al poco tiempo, cuando llegó el momento de elaborar, coordinados por Joaquín Almunia, el programa para las elecciones de 1982, la tarea de redactar la propuesta sobre universidades recayó sobre Alfredo Pérez Rubalcaba. Tras las elecciones, en la Secretaría de Estado de Universidades e Investigación, con Carmina Virgili, Alfredo y Emilio Lamo de Espinosa, este me manifestó su sorpresa porque la LRU (Ley de Reforma Universitaria) estaba prácticamente preparada.

Tras la aprobación de la Ley, vino a visitarme al Ministerio para mi sorpresa, Manuel Fraga Iribarne, para declararme que la LRU era infinitamente mejor que la LAU (Ley de Autonomía Universitaria) alternativa. Y para prevenirme que esa no sería una posición similar a la que mantendrían frente a la prevista LODE (Ley Orgánica del Derecho a la Educación), respecto de la organización de la enseñanza no-universitaria, porque tendrían un electorado muy movilizado.



En todo caso, la ley rompía radicalmente con una pasada legislación franquista sobre la Universidad que la definía como "falange misionera encargada de imbuir a la juventud católica el principio agustiniano de que el más saber no acerca al ser supremo". Ese fue el primer conflicto que viví con Alfredo, debido a que por primera vez desde la Segunda República el Ministerio no estaba dirigido por creyentes. La experiencia en el Ministerio de Educación y Ciencia fue mejor o peor, pero conflictiva: mostró, en contraste con mi gestión, una de las capacidades políticas más destacadas de Alfredo Pérez Rubalcaba: su extraordinario talento para alcanzar sus fines no mediante la confrontación sino mediante una extraordinaria capacidad de negociación y acuerdo.

Esa capacidad la demostró a lo largo de su larga historia política: como Ministro de Educación más adelante, como ministro del Interior, como ministro de la Presidencia del Gobierno, como Vicepresidente del Gobierno o como Secretario General del PSOE. Esa capacidad iba acompañada de una tenacidad sin fisura, siempre en defensa de principios políticos socialdemócratas.

En 1986, al darle posesión de su cargo como Secretario General del Ministerio, declaré en el acto público "Es fácil ser Ministro de Educación con Alfredo Pérez Rubalcaba". Así era, en efecto: en el Ministerio se aprobó, además de la LRU, la LODE, la Ley de la Ciencia, y la LOGSE (Ley Orgánica General de Ordenación del Sistema Educativo). El conflicto más fuerte fue el de La LODE: se presentaron 3.600 enmiendas a la ley, lo que dio lugar a interminables debates. La mayor alegría fue el respaldo tajante del Tribunal Constitucional a la ley en 1985.

En 1986 comenzó un violento conflicto con los estudiantes de enseñanzas medias, representados por dos organizaciones: el Sindicato de Estudiantes y la Coordinadora de Estudiantes. Y en diciembre de ese año murió mi padre: Alfredo Pérez Rubalcaba se quedó conmigo en el tanatorio desde el mediodía hasta la noche avanzada. Ello sucedió en medio de un conflicto en el que era muy difícil avanzar en el diálogo. Finalmente presentamos una propuesta que las dos organizaciones estudiantiles se apresuraron a firmar. Para completarlo, Alfredo Pérez Rubalcaba presentó una introducción al texto del acuerdo que decía "En cumplimiento de los principios progresistas de la LODE...". Lo más triste fue la dureza de la confrontación callejera, protagonizada por un joven con muletas, Jon Manteca, acompañada de lanzamiento de adoquines y cocteles Molotov, así



como de una respuesta de la policía que no se limitaba a botes de humo o disparos de fogeo.

Tuve luego un conflicto súbito y sin aviso previo con los profesores de enseñanza media. Su reclamación económica era imposible de aceptar por mí: eso condujo al final de mi etapa en el Ministerio de Educación en 1988 y a mi sustitución primero por Javier Solana y luego por Alfredo Pérez Rubalcaba, que sí pudieron poner fin al conflicto.

En una larga entrevista con Maria Antonia Iglesias (3), Alfredo declaró "Yo creo que la Educación es probablemente uno de los sectores en los que hubo mayor continuidad a lo largo de toda la etapa socialista. A José María Maravall le sustituyó Javier Solana, que formaba parte del mismo núcleo político, del mismo sector del partido, con el mismo pensamiento; por tanto, fue una herencia natural. Y a Solana le sustituí yo (Alfredo, JMM), que trabajé con Maravall y con Solana. Además, los tres formábamos parte de la misma "cultura política" del Partido. Los tres éramos universitarios, nos habíamos formado en la vida política durante nuestra etapa universitaria, los tres teníamos una vocación idéntica, vinculada a la educación y a la investigación".

En esa entrevista, Alfredo continúa declarando que "quien me lleva al Ministerio de Educación es Maravall. Y lo más importante, quien me convence es él. Yo hacía política universitaria y científica. Entonces fue cuando Maravall me dice que necesita a alguien para preparar la LOGSE. Le contesté que yo no sabía nada de educación, sólo los grandes principios. Por no tener, no tenía ni hijos...Recuerdo que una mañana me llevó al parque madrileño del Retiro a dar un largo paseo y me convenció, y nunca se lo he agradecido lo suficiente. Maravall fue quien me inculcó el veneno educativo".

Todo el tiempo en que trabajamos juntos, Alfredo fue un ejemplo de lealtad, de inteligencia, de trabajo y de sentido del humor. Aunque me decía que ya no se reía, teníamos una fotografía de los dos en que yo estoy demacrado y él está sonriente.

En 1987, antes de mi salida del Gobierno, hicimos una buena cantidad de viajes juntos. Fuimos a Cuba a ver a Fidel Castro, para hablar de la liberación de un preso político. Las reuniones no fueron fáciles. Ante mi desconfianza por los



logros de su régimen, Fidel Castro nos condujo a un mitin con él en Arroyo Naranjo. En las reuniones Fidel Castro se dirigía a Alfredo y le preguntaba “¿Estamos o no con el proletariado, Rubalcaba?” –que Alfredo contestaba con una aquiescencia un tanto evasiva. Nos llevaron a la Isla de la Juventud, con más mítines, además de recorridos entre grupos de adolescentes que a nuestro paso gritaban “¡Queremos ser como el Che!”, incluyendo recorridos culturales y científicos por La Habana.

Ese fue uno de muchos viajes juntos. A Alemania, con Emilio Muñoz, para visitar la Fundación Max Planck, y debatir la ley de la Ciencia, donde nos cayó una impresionante nevada que convirtió a los barbudos Emilio Muñoz y Alfredo Pérez Rubalcaba en dos copias de Papá Noel.

Fuimos también juntos a Harvard, por un doctorado honoris causa del Rey, Siguiendo con recorridos académicos, me acompañó a un Doctorado Honoris Causa mío en Warwick y bajamos luego a Oxford, universidad donde yo era Honorary Fellow. Me comentó entonces que estaba seguro de que volvería a la universidad, y de que mi salida sería envidiada por otros.

De nuevo en Estados Unidos, en Nueva York esta vez, estuvimos visitando juntos la universidad de Columbia, recorriendo el campus, y bajamos a la Universidad de Nueva York. Y en Nueva York aprovechamos para visitar el Empire State Building y fotografiarnos allí.

Años más tarde, Alfredo me convenció para crear la Universidad Carlos III de Madrid, impulsada por Jaime Lissavetzky dentro de un programa de mejora del sur de la capital, emprendido por el gobierno autonómico de Joaquín Leguina., utilizando las instalaciones del Regimiento Saboya de la División Acorazada Brunete. Años más tarde, en un mitin en apoyo a Jaime Lissavetzky, se lo recordé, junto a la creación de 1.000 plazas escolares al día y los 102 institutos creados en siete años por el gobierno socialista de los 186 que existían en Madrid.

Con Felipe González tuvimos una reunión para presentar la Ley de la Ciencia y el primer Plan Nacional de Investigación. Y, al salir del Ministerio, Felipe González acordó conmigo que me sucederían primero Javier Solana, que ya era Ministro de Cultura, y Alfredo Pérez Rubalcaba tras él. Así es como el Congreso aprobó la LOGSE (Ley de Ordenación General del Sistema Educativo), la ley que



extendía la enseñanza obligatoria hasta los 16 años y que Alfredo había estado preparando con Álvaro Marchesi durante largos años, acompañada por una experimentación en centros representativos supervisada por la OCDE.

Al cesar como Ministro de Educación y Ciencia, nos fuimos Chus, mi mujer, y yo a descansar unos días en Menorca, acompañados por Pilar Goya y Alfredo Pérez Rubalcaba. Fueron días fríos. Tras jugar al fútbol, afición que compartíamos, mi ocurrencia de hacer un largo recorrido nadando acabó produciéndome una pleuresía. A la vuelta fui ingresado durante unos días en el hospital de la Princesa en Madrid, Alfredo estuvo pendiente de mí. Tiempo después, al recuperarme de una fractura de la pierna y salir a pasear tras un largo retiro por la plaza de Santa Ana en Madrid, allí también estuvieron haciéndonos compañía a mi mujer y a mí Pilar Goya y Alfredo Pérez Rubalcaba.

En 1990, ya estando fuera del gobierno pero prosiguiendo como miembro de la Comisión Ejecutiva Federal, me enteré de que Alfonso Guerra estaba apoyando una conspiración para desplazar a Joaquín Leguina como presidente de la Comunidad de Madrid. Advertí a Felipe González en junio –era la segunda conspiración tras la llevada a cabo contra José Rodríguez de la Borbolla en Andalucía. Le recordé a Felipe González que, según los principios del partido, cargos orgánicos no podían subvertir a cargos públicos. Le anuncié que ello provocaría una reacción de altos cargos a los que él apreciaba mucho. La reunión se produjo en el Hotel Chamartín, fui el único miembro de la Comisión Ejecutiva que asistió a ella, pero allí estaban presentes ministros como Joaquín Almunia, José Barrionuevo o Javier Solana. La confrontación en la reunión posterior de la Comisión Ejecutiva Federal fue indescriptible. Pero las razones democráticas eran incuestionables. Al salir de la tremenda confrontación me fui a cenar con el principal organizador del acto de Chamartín, Alfredo.

Volviendo a la *amistas*, pocos meses después Alfredo estuvo presente en las sucesivas bodas de mis hijos en Segovia y en Madrid, junto con profesores norteamericanos e ingleses –Adam Przeworski y Duncan Gallie. Adam Przeworski y Felipe González se conocían bien y fue miembro del Patronato de la Fundación Felipe González. Conocía también a Alfredo y me mandó una carta, contestando a una en que le comunicaba su muerte: "José María, leí en la prensa el fallecimiento de Alfredo y recordé las veces que cenamos juntos en tu casa".



Al anticipar Felipe González las elecciones de 1993 y crear un comité estratégico que dirigiría la campaña, en vez del comité electoral que tradicionalmente dirigía Alfonso Guerra, tuvimos Alfredo Pérez Rubalcaba y yo una cena en la calle de Narváez en Madrid con Maria Antonia Iglesias. Ella estaba intrigada por la campaña, ya que el PSOE estaba cuatro puntos por detrás en las encuestas electorales, el gobierno había devaluado la moneda en un 8 %, y la organización para afrontar la campaña había cambiado de forma radical.

En esa campaña a mí me correspondió la preparación de los debates de Felipe González y José María Aznar. Felipe González no se había visto nunca a sí mismo en televisión, ni en mítines, debates o entrevistas. Con mucha campaña y nula preparación, es sabido que el primer debate fue muy favorable a Aznar. A la mañana siguiente, Felipe González me llamó para preparar el segundo debate. Hablé mucho con él para establecer las condiciones. La preparación fue dura y en completo aislamiento. La única persona a la que consulté para que pudiera ver el video en que estaba grabado el debate simulado fue Alfredo Pérez Rubalcaba. Mi confianza en él era total. Y su inteligencia y perspicacia política, incomparables.

Al acabar la campaña, que condujo a la cuarta y última victoria del PSOE, Alfredo me llamó para comentar la posibilidad de que fuera nombrado ministro de la Presidencia y de Relaciones con las Cortes. Alfredo comentó también esta conversación en su mencionada entrevista con Maria Antonia Iglesias: "Después de las elecciones de 1993, que para mí fueron las más duras, Felipe me ofreció ser ministro de la Presidencia y portavoz del Gobierno...Y con el único que hablé fue con José Mari Maravall, que me dijo "¡Claro que debes decir que sí! ¡Te llevan al núcleo mismo de la política, al corazón mismo, y eso es un salto muy importante para ti! Después de todo, en política educativa llevas diez años, ya has hecho todo lo que tenías que hacer". Pero lo pasé mal. Felipe me lo propuso un sábado y yo acepté. Pero en vez de volver a casa, desde la Moncloa me fui al Ministerio de Educación y me senté en mi despacho y estuve allí cuatro horas, mirando los libros. Porque aquella era mi casa ¡Yo trabajaba quince horas allí! Era como el Conde de Montecristo". Permaneció en dicho ministerio hasta las elecciones generales de 1996. El gobierno se hallaba en minoría, contando en el Congreso con el apoyo de Convergencia i Unió. En esos tres años, Alfredo Pérez Rubalcaba mostró su extraordinaria capacidad negociadora y su brillantez como orador para apoyar al Gobierno, mantener el apoyo parlamentario y defenderse



de la oposición. Soraya Sáenz de Santamaría, vicepresidenta del gobierno de Mariano Rajoy entre 2011 y 2018, le calificó como "el Ronaldinho de la política".

Es cierto que durante el gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero la confrontación con el Partido Popular fue con frecuencia muy fuerte. Sin embargo, ello no impidió que no se pudiera seguir el camino de negociación y acuerdo que impulsaba Alfredo Pérez Rubalcaba. Así, Rajoy introdujo componentes de crispación muy fuertes: por ejemplo, respecto de la lucha contra ETA, espetó a Zapatero "si usted no cumple (con ETA, JMM) le pondrán bombas, y si no le ponen bombas es porque ha cedido" (14 de enero de 2007). Pero la tenacidad y capacidad política de Alfredo en sus cinco años en el Ministerio del Interior pudo conducir a un acuerdo entre el PP y el PSOE en la lucha contra ETA, el "Pacto por las Libertades y contra el Terrorismo" (en diciembre de 2000). La política de división de la organización terrorista (con la opción de la llamada "vía Nanclares" de reinserción) y de dureza contra aquellos sectores opuestos al abandono de la lucha armada (Ekin, Askatasuna y Segi) condujo a que ETA anunciara en octubre de 2011 el "cese definitivo de su actividad armada".

El resultado de esa capacidad para la negociación y el acuerdo, sin ceder en sus principios generó, más allá de las diferencias políticas, un respeto personal y político muy grande. Al morir Alfredo, Rajoy escribió un artículo en "El País" en el que declaraba "Alfredo Pérez Rubalcaba ha sido una de las personalidades más importantes de la reciente historia de España y como tal merece ser honrado y reconocido...fue una persona decisiva en los distintos Ejecutivos socialistas y también en las labores de oposición. Inteligente, hábil negociador e implacable dialéctico, era un rival temible: brillante y afilado como un bisturí, pero sincero a la hora de negociar y todo lo leal que se puede ser entre contrincantes políticos".

Alfredo fue un brillante defensor de la política socialista y un temible contrincante para el PP. Sus intervenciones en la tribuna del Congreso eran muy difíciles de contrarrestar. En alguna ocasión responsables del PP acusaron a supuestos "comandos Rubalcaba" de haber intervenido en uno u otro asunto. Alfredo mostró su móvil y declaró que esos eran los "comandos Rubalcaba" – cierto, pero su móvil ardía de llamadas. Era un entrevistado brillante, divertido y un imparable generador de titulares. Recuerdo dos entrevistas suyas



espectaculares con Susanna Griso en "Espejo Público" y otra en el programa de El Gran Wyoming.

Conocí muy bien la enorme importancia de Alfredo para la educación española y su compromiso, como socialdemócrata genuino, en promover la igualdad de oportunidades. Así lo evidenció cuando participamos juntos en octubre de 2010 en la celebración en el Congreso de los Diputados del 25 aniversario de la LODE (Ley Orgánica del Derecho a la Educación). O cuando, tras examinar en profundidad los programas no redistributivos del gasto público, Alfredo se comprometió en Badajoz a examinar en profundidad la capacidad redistributiva de todos los programas de gasto público como fundamento del Estado de Bienestar.

Conocí también su tarea como ministro del Interior. Paseamos juntos por Madrid, Alfredo disimulando su identidad, durante las manifestaciones de "los indignados", que clamaban "no nos representan" y "todos los políticos son iguales". No, Alfredo era distinto. Ojalá todos los políticos fueran como Alfredo Pérez Rubalcaba.

Todo el tiempo nos intercambiábamos whatsapps. En su inmensa mayoría sobre cuestiones políticas: su capacidad de sarcasmo y de ironía era incomparable. Otras veces, sobre problemas familiares o de salud. La comunicación era permanente. Así las cenas o comidas de ambos eran muy frecuentes. En restaurantes cuyos menús no podían exceder 13 euros para cada uno. Empezamos por "Belarmino", en la calle de Castelló, pasamos por otros a lo largo del paseo de Rosales y terminamos en "La Plaza de Chamberí" en varias ocasiones. Allí tuvimos nuestra última cena. Los mensajes para reunirnos y reservar una mesa eran siempre una ocasión para comentarios políticos penetrantes.

Nos unía también nuestra pasión por el fútbol y por el Real Madrid. Una anécdota que no le conté nunca y que le hubiera hecho feliz es la siguiente. Yo había conocido a Alfredo Di Stéfano en diversas ocasiones y acumulado infinitos autógrafos suyos. Con ocasión de un Congreso Federal del PSOE que se celebraba en el Palacio de Congresos en la Castellana, me fui a comer al restaurante Di María. Allí estaba él, nos saludamos y me enseñó en una mesa vecina a Fernando Redondo. Me preguntó por el Congreso y, al advertir mi



sorpresa, me aclaró que lo que realmente le importaba mucho saber era cómo le iba a ir a su tocayo –Alfredo Pérez Rubalcaba.

Tras su muerte, el dolor fue muy extendido. Señalando, por ejemplo, “lo excelente amigo que era, la persona que había detrás del político... Perder a un amigo de verdad es sentirse huérfano”, o “lamento mucho el fallecimiento de tu buen amigo Alfredo Rubalcaba... Le conocimos en un par de reuniones que organizasteis en vuestra casa y luego coincidimos con él alguna vez más. Me consta la profunda amistad que os unía...Me acuerdo bien de cuando Alfredo fue el único ministro de Educación que fue a un acto de fin de curso y de entrega de diplomas”. O alguien muy joven, que escribió “las personas que queremos siempre las llevamos con nosotros. En nuestras decisiones, acciones, en lo que decimos y pensamos”.

En Agenda Pública, el 11 de mayo de 2019 (4), Elena García-Guereta, Ignacio Molina y Juan Rodríguez Teruel comentaban, cada uno por separado, largos comentarios sobre Alfredo. La primera señalaba sobre él que “había sido un personaje clave de la España democrática, una leyenda viva, y seguramente el único hombre que ha estado en la primera línea política española desde los primeros años ochenta hasta casi ayer...Quedé impactada ante la talla política e intelectual de ese señor enjuto, frágil y duro a la vez. Quedé impactada por su sosiego, su brillantez, su rapidez mental, su tremenda humildad...Quedé impactada por su clase...Fue un grande. Para lo bueno y para lo malo. Lúcido e irónico. Clarividente y brillante. Hasta para marcharse”.

Ignacio Molina escribía “representó para el resto de los partidos al temido adversario, capaz incluso de desarrollar una maldad certera...Sofisticado, implacable en la argumentación, de profunda formación, sin atisbo alguno de frivolidad y leal...En algunos de los presentes les pareció frágil, pero lo cierto es que fue el último en marcharse, cuando los demás sucumbían al agotamiento...Alguien presente, de enorme talla intelectual, dijo que se estaba planteando votar en blanco pero Rubalcaba le miró y le rogó ‘ni se te ocurra’”.

Por su parte, Juan Rodríguez Teruel decía “José María Maravall será su gran valedor y promotor en el primer gobierno socialista, hasta que pronto Rubalcaba demuestra sus autosuficientes dotes políticas. En aquellos años 80, Rubalcaba



y Maravall fueron clave en el desarrollo de la LODE y, tras la salida de este último, de su sucesora, la LOGSE...".

Rodríguez Teruel añade que "más allá del ámbito educativo, Rubalcaba y Maravall, acompañados de Solana, Solchaga y Almunia, y bajo el liderazgo gubernamental de González, serán los principales representantes del grupo que trató de llevar al PSOE por la tradición liberal de la socialdemocracia clásica, poco francesa, más alemana y laborista británica, que Maravall había conocido en su etapa académica en el Reino Unido...Si Maravall siempre ejerció como el ideólogo y el inspirador intelectual de ese grupo, Rubalcaba fue el responsable más capacitado para plasmarlo organizativamente dentro del partido, especialmente tras la dimisión de Almunia". E indica que "el 4 de febrero de 2012, al acabar su discurso como nuevo secretario general del PSOE en el palacio de Congresos de Sevilla, Rubalcaba se abrió paso entre la multitud y recorrió, prácticamente solo, todo el recinto, para acabar saliendo por la puerta principal, detrás de la cual le esperaban decenas de periodistas y su viejo amigo Maravall, a quien Rubalcaba le brindó su abrazo más afectuoso".

En un artículo colectivo, que firmé junto con los miembros de su círculo íntimo (José Enrique Serrano, Elena Valenciano, Jaime Lissavetzky y Gregorio Martínez) en El País, señalábamos que "de las pocas cosas que escapaban a su comprensión eran el encanallamiento de la política y el cainismo como principios de la acción política, que sufrió personalmente en lo que fue su mayor éxito en beneficio de España. Alguna vez dijo que el primer deber de un responsable político era aprender pronto que estaba condenado a entenderse con sus adversarios. Y se lo aplicó a sí mismo durante toda su trayectoria política...La afirmación tiene más valor cuando se recuerda que era rocoso en la defensa de sus convicciones y un polemista temible en cualquier escenario. Unas características que sin embargo combinó con una acreditada vocación por los pactos y una endiablada habilidad para lograrlos. Lo hizo en el gobierno y lo hizo desde el Congreso de los Diputados...Más de una vez insistió en que cuando no se logra un acuerdo no es por las condiciones que se pongan, sino por la voluntad de no alcanzarlo pues se prefiere vivir del conflicto aunque eso signifique desinteresarse de los ciudadanos, de sus problemas y sus aspiraciones".



Felipe González, su amigo, ha insistido (6) en el mismo carácter político de Alfredo: "pocas cosas escapaban a tu mirada, siempre aguda, siempre crítica y siempre leal al proyecto en el que creías...Hace falta gente con talento para encauzar acuerdos amplios, como reclaman los ciudadanos, entre responsables políticos...Acuerdos sucesivos para ajustar el tiro y mejorar la certidumbre sobre un futuro inmediato que exige que todos vayamos juntos, aunque siempre haya excepciones. Alfredo representaba la capacidad para hacer ese trabajo. Tenía convicciones firmes, lealtades de proyecto, espíritu crítico y a veces ácido. Pero tenía voluntad y talento para acercar posiciones buscando el interés general".

Es sabido que en julio de 2014, en el que dejó la secretaría general tras el resultado de las elecciones europeas, Alfredo declaró que sería siendo socialista hasta el final de sus días.

La amistad y la política pueden ir de la mano. Y ello ha sido una experiencia excepcional cuando el amigo y el político han sido Alfredo.



BIBLIOGRAFÍA

- 1) **William Whyte**, *Street Corner Society*. Chicago: University of Chicago Press, 1943.
- 2) **Otto Neurath**, *Foundations of the Social Sciences*. Chicago: University of Chicago Press, 1944.
- 3) **María Antonia Iglesias**, *La memoria recuperada*. Madrid: Aguilar, 2003.
- 4) **Elena García-Guereta, Ignacio Molina y Juan Rodríguez Teruel**, "Una clarividente despedida", *Agenda Pública*, 11 de mayo de 2019.
- 5) **José María Maravall, José Enrique Serrano, Elena Valenciano, Jaime Lissavetzky y Gregorio Martínez**, "Recordando a Alfredo", *El País*, 10 de mayo de 2020.
- 6) **Felipe González**, "A Ruba", *El País*, 9 de mayo de 2020.